

GALDÓS. UNA BIOGRAFÍA

Yolanda ARENCIBIA

Barcelona: Tusquets Editores, 2020, 862 pp.
ISBN: 9788490668023

Creo que al calificar de excelente la obra *Galdós. Una biografía*, de Yolanda Arencibia, catedrática de la Universidad de Las Palmas, y reciente ganadora del premio Comillas, de Historia, Biografía y Memorias, convocado por Tusquets Editores, no me dejo llevar por el cariño y la admiración hacia mi querida colega.

Conociendo la trayectoria de la profesora Arencibia, no sorprende el óptimo resultado de su libro, pues viene avalado por toda una vida académica y de investigadora dedicada a Galdós y a su obra: organizadora de los Congresos Internacionales Galdosianos, directora de la cátedra Benito Pérez Galdós en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (acuerdo entre Universidad y Casa-Museo para ayudar a los estudiosos e incentivar las investigaciones sobre el escritor canario), editora de los 25 tomos de la colección *Arte, Naturaleza y Verdad. Obras completas de Pérez Galdós (2005-2013)*, miembro del Consejo de Dirección de la revista *Anales Galdosianos*, publicación en torno a los congresos sobre el escritor y que edita la Asociación Internacional de Galdosistas, a la que también pertenece Arencibia y que está constituida por más de 150 profesores de universidades.

El resultado no podía ser de otra manera: una magnífica biografía. También creo que su éxito radica no solo en que la obra exponga con el máximo rigor académico la documentación exhaustiva de las fuentes consultadas oportunamente en cada caso, sino que además consigue introducirnos de lleno, con interés, ajeno a todo cansancio que podía presuponerse en una obra de tan densa investigación, en la personalidad de Galdós, de su entorno, de su obra y de su contexto humano e histórico. Me atrevo a afirmar que su ágil estilo y amena redacción logran una lectura como si de una novela se tratara, la novela de la vida de Galdós, que en este caso lleva el sello de veracidad demostrada fehacientemente. Cumple la autora, a rajatabla, la declaración de intenciones que nos anticipa en su prólogo “esta biografía se apoya en los principios fundamentales de rigor y verdad afianzada por tanto en fuentes comprobables (archivos, epistolarios, estudios

documentados) y redactada desde el conocimiento profundo de la obra y el estudio concienzudo de los textos y los contextos...” (p. 20).

La exposición narrativa que realiza la profesora Arencibia es rigurosamente cronológica, entrelazando paralelamente el transcurrir de la vida de don Benito en sus entornos familiar, amoroso, social, profesional y lúdico con su trabajo literario en los diversos géneros: periodísticos, dramáticos, narrativos, discursos académicos y políticos, epistolares, en fin en todos los que cultivó el gran escritor, afamado personaje público y prestigioso intelectual que fue Benito Pérez Galdós. Todo ello, en una constante contextualización del momento histórico y político que vivía España en cada circunstancia de su biografía, algo que el lector agradece.

La autora distribuye la biografía en 20 capítulos más un epílogo. Tras el título de cada capítulo, indicando los años en los que transcurre lo narrado, presenta un breve resumen de su contenido en sintéticos epígrafes. Desde su nacimiento e infancia, que conforman el capítulo primero, titulado “El hijo menor de aquella familia (1843-1862)”, hasta el vigésimo, que denomina “Con los ojos cerrados (1915-1918)” y su conclusión con la muerte del escritor en el “Epílogo (1919-1920)”. A su vez, cada capítulo está distribuido en partes precedidas por breves párrafos, epígrafes o frases, con frecuencia del mismo Galdós, o de sus contemporáneos, o de la propia Arencibia, con aclaraciones cronológicas o de otro aspecto que venga al caso. Es una manera de introducir al lector en la narración, despertando su curiosidad o anticipando un pensamiento del biografiado relativo a esa parte del capítulo.

Voy a destacar las características que a mí, personalmente, me han llamado más la atención de todas las que la autora va mostrando de la obra y de la personalidad de Galdós, en esta magnífica y completa biografía que estamos reseñando.

Una de ellas es la relación, que continuamente establece la profesora Arencibia, entre obra y vida del autor, perspectiva en la investigación literaria que, a pesar de haber sido desechada durante años por un sector de la crítica y de la teoría de la literatura, constata la autora a lo largo de toda su obra. Esta repercusión y traslación de la experiencia vital de Galdós a muchos caracteres de los personajes creados y a sus peripecias es evidenciada, o a veces tan solo sugerida. En ocasiones, Arencibia afirma rotundamente la plasmación de las vivencias de Galdós como materia literaria, relacionando sus datos biográficos con pasajes concretos de su extensa obra, algo que nadie podría documentar sin un conocimiento exhaustivo de ella. Sirvan como ejemplo algunos casos. Uno de ellos, sobre la estancia de Galdós en una de las varias pensiones donde se alojó durante sus primeros años de estudiante en Madrid, la de la calle del Olivo, nos dice la autora “[pensión] cuyo espacio y sus vivencias serán materia literaria en no pocas páginas del escritor futuro; en las del *Doctor Centeno*, principalmente, cuyo tiempo de acción se centra en 1864, cuando Galdós vivió en aquella casa” (p. 58). Esta relación obra-vida la detecta la autora no solo en las novelas, sino también en los *Episodios Nacionales*. Verbigracia, cuando describe su primera etapa de escritor como periodista (trayectoria esta que la biografía sigue con escrupulosa minuciosidad): “el Galdós novelista de la

historia vivida hará entrar en ella al inventado periodista en ciernes Tito Liviano, que atiende las sugerencias del guanche, aquel ‘excelente chico isleño con quien trabé amistad en la casa de huéspedes donde vivimos’ (Amadeo I, t. 23, p. 450), un guiño que esconde al propio Galdós” (p. 117).

Arencibia respalda estos paralelismos detectados ente vida y obra, con las palabras del mismo Galdós, que en el prólogo de *El abuelo* dirá: “el que compone un asunto y le da vida poética [...] está presente siempre” (pp. 263-264). Y de nuevo la autora, confirmando esta lectura de la obra de Galdós, nos recuerda algo muy importante en la visión realista del escritor que fue testimonio del fin de siglo XIX, y es la existencia de un “punto de autenticidad ‘sentida’ que reside en el fondo de los textos galdosianos para que su lector los descubra, si quiere y si puede” (pp. 265-266). Siguen estas coincidencias en el capítulo once, titulado “*El ‘frenesí de emborronar papel’* o experimentos literarios 1889-1891”, y dentro de este capítulo, en el epígrafe todavía más explícito “Novela y autobiografía”, en relación con *Ángel Guerra*, en donde “Galdós hizo de Toledo el espacio elegido para la transformación de *Ángel Guerra*, por ser espacio cercano a sí mismo y por sentirse él mismo cercano a su protagonista. Lo demostró a su lector lanzándole coincidencias autobiográficas, como quien arroja piedritas blancas en un camino. Y las encuentra ese lector desde los capítulos de la primera parte, que transcurren en Madrid, como demuestra ahora y demostrará en *La de los tristes destinos* (1907), en las declaraciones a Luis A. de Olmet (1912) y en *Las memorias de un desmemoriado* (1916)” (p. 339). Y más adelante, señala Arencibia que en *Ángel Guerra* “Además de las coincidencias apuntadas entre el texto y la personalidad del creador, anota el lector otras nuevas y más profundas, relacionadas con el sustento temático de la novela: el qué y el porqué del particular misticismo de Ángel, el tema de la religiosidad como desconcierto o como dilema, lo que sea o deba ser la verdadera caridad cristiana, etc.” (p. 342).

Junto a este paralelismo entre vida y obra, y acaso más importante, será el testimonio de la dialéctica histórica del cambio social y el desarrollo de la clase media española puesta de manifiesto por Galdós en la gran mayoría de sus novelas, si no en todas, entre ellas en la tetralogía de *Torquemada*, porque en ella todo lo que se narra “transcurre sobre el telón de fondo de los acontecimientos políticos y culturales de la época en la que la sagacidad del prestamista ha de triunfar frente a la incompetencia para los negocios de la gente culta del momento” concluyendo la autora más adelante que así el lector puede añadir a la creación literaria “significaciones de documento sociocultural y, en ocasiones autobiográfico” (p. 387). En definitiva, “siempre estuvieron para Galdós en relación armónica y dinámica la historia, la escritura y la vida” (p. 460).

Por esta razón, en los inicios del siglo, tras la crisis de identidad generada por los desastres del 98 y el pesimismo subsiguiente, Galdós se muestra en sus actuaciones y en sus discursos (*Homenaje a P. Galdós. Entre canarios*) como “profundo español comprometido exponiendo claramente sus convicciones respecto a la defensa de la patria, apelando a la solidaridad, a la ambición de progreso y al liberalismo ...” (pp. 505-506), o en el artículo “La España de hoy” (*El Heraldo de Madrid*, 9 de abril de 1901), artículo

que, en palabras de Arencibia, “supone un alegato valiente y rotundo sobre la necesidad de regenerar la política española” (p. 522), que propugnaba el movimiento intelectual conocido como “Regeneracionismo” abanderado por Joaquín Costa, “con cuyos predicamentos coincidía plenamente Galdós” (p. 524).

Otro aspecto digno de elogio en esta biografía, y en el que la Dra. Arencibia insiste, es la importancia que tuvo para el novelista el teatro, situando al Galdós dramaturgo innovador en el lugar destacado que le corresponde dentro de un teatro finisecular ya agotado en sus fórmulas y adaptado al público burgués acomodaticio y que llevaba a la escena antiguos valores de la Restauración, ya obsoletos. No hay que olvidar que la primera vocación del Galdós escritor fue la de dramaturgo y que, tras un primer revés en sus iniciales obras escritas y no estrenadas, la retomó veinte años después, en el momento adecuado, cuando ya era el famoso novelista y autor de los *Episodios*. Apasionado del teatro, lo utilizó como transmisor de ideas, renovador del hecho teatral y educador del público. Y es importante porque su obra dramática ha sido y es mucho menos conocida por la generalidad de los lectores actuales, que en su mayoría solo saben del Galdós novelista, ejemplo paradigmático del realismo literario decimonónico, autor de *Los Episodios Nacionales* y de *Fortunata y Jacinta*. Pero Galdós, desde esta su novela cumbre, publicada entre 1896 y 1897, que él denomina *Dos historias de casadas*, e incluso en sus obras anteriores, utiliza los diálogos como “vía privilegiada para el acceso a sus personajes y sus psicologías”, no amparándose solamente en el tradicional omnisciente narrador, sino ocultando a este y acercando la novela al teatro (p. 274), objetivo que logrará en su totalidad con la versión dramática de su *novela en cinco jornadas*, enteramente dialogada, *Realidad*, estrenada en el Teatro de La Comedia en 1891, protagonizada por una jovencísima María Guerrero, que será durante mucho tiempo la actriz preferida de don Benito, como antes lo había sido de Echegaray, Guimerá y otros sobresalientes dramaturgos del momento (p. 351). “El creador-experimentador Galdós ha consolidado el quiebro de la ruptura de géneros que había ensayado esporádicamente y que definirá más adelante (en el prólogo a otra novela en cinco jornadas, *El abuelo*, de 1897) como ‘el sistema dialogado ya adoptado en *Realidad*’, que permite que los personajes vivos y creíbles se desembaracen del autor...” (p. 320). El estreno de *Realidad*, su primera obra cuando volvió a escribir para el teatro, finalizó con una ovación cerrada y entusiasta, con la obligada presencia de don Benito en la escena “pálido y aparentemente inseguro... sonriente y algo trémulo, que bajará la cabeza una y otra vez, musitando: gracias, gracias”. Se iniciaba lo que Max Aub consideró el “vuelco” del teatro español de la Restauración, dotándolo de un lenguaje nuevo para una nueva realidad histórica y social (pp. 359- 363). Otros muchos éxitos, con repercusiones de gran impacto social y político, como *Electra* (1901), que tres años más tarde se estrenará en París, en el Teatro de la Porte Saint-Martin, alcanzando casi las doscientas representaciones (p. 591), *La de San Quintín*, *Cassandra*, etc. jalaron la carrera del Galdós dramaturgo, todo un importante eslabón clave en la evolución del drama moderno en la historia del teatro español.

La profesora Arencibia, en esta completa etopeya de Galdós, abre otros focos de interés que permiten no solo conocer su polifacética y rica personalidad, sino plantear posibles futuras investigaciones sobre el escritor acerca de otras actividades de su vida, relacionadas con artes y oficios cultivados por él como “amateur”. Aparece ante el lector un Galdós amante y conocedor de la música, que interpretaba piezas clásicas con su sobrino, concertados respectivamente con piano y órgano (p. 429); Ya desde sus inicios como periodista profesional en la década de los sesenta, añadió a la crítica literaria, la crítica musical en *La Nación*, en donde Galdós “demostró su sensibilidad de músico vocacional, los saberes adquiridos en la materia y la capacidad para relacionar música y literatura”. Dentro de esta publicación escribe las “Revistas Musicales” dando cuenta de las óperas que se estrenaban en el Teatro Real, sobre las que “informaba, comentaba y juzgaba las actuaciones y se refería a la opinión del público, y siempre desde el juicio personal que sus conocimientos le permitían” (pp. 78-80).

A Galdós, nos cuenta su biógrafa, “le entusiasma la música, en general, y la de sus textos, en particular [...] en ocasiones ha pensado en determinada sinfonía o sonata para la organización de sus creaciones (p. 529). Desde la primera serie, ya en su primer título, *Trafalgar*, “la música popular acompañará su narración, donde los ejércitos entonarán himnos y marchas reales; pero cantará el pueblo con la espontaneidad de los sentimientos más primitivos e íntimos” porque “la música es suavizadora de las costumbres, endulza los ánimos más agrios, y predispone a la benevolencia para los que la manejan bien, *La corte de Carlos IV*, t. 2, p. 175” (p. 143).

Siempre interesó a Galdós el teatro lírico, tanto en su versión de zarzuela como en la de ópera, sin embargo, muchos de sus proyectos con compositores o libretistas no llegaron a cuajar, como los que compartió con Ruperto Chapí desde 1866 sobre hacer de *Gerona* una ópera nacional, proyecto que se descartó, pero el maestro alicantino sí inició la versión musical de *Zaragoza*, según consta en cartas de 1893, que prosperará, aunque no con este prestigioso compositor (p. 376), sino que tuvo que esperar “hasta el centenario de 1908, para hacerse realidad en la escena, como ópera nacional” (p. 502), ocupándose él mismo del texto, al que puso música el maestro Arturo Lapuerta (pp. 657-658). De la conversión en ópera del texto de *Marianela* da cuenta el largo intercambio epistolar centrado en la búsqueda, tanto de compositores musicales como de libretistas. Respecto al aspecto musical, la primera petición fue hecha por el pianista y compositor Joaquín Malats (pp. 429-430), después Arturo Lapuerta [...] En cuanto a la laboriosa búsqueda de libretista, hubo acuerdos con Carlos Fernández-Shaw (p. 487), con Valle Inclán (p. 473), pero finalmente lo harán los hermanos Álvarez Quintero, dramaturgos excelentes y devotos incondicionales del maestro, que conseguirán con esa versión una joyita teatral que entusiasmará al autor y al público cuando se estrene en 1916” y en libreto de ópera con música del compositor catalán Jaime Pahissa (p. 591).

Tendrá Galdós otros muchos proyectos respecto a poner partitura a sus obras (*Dña. Perfecta*, *Gloria*), pero conseguirá pocos frutos a pesar de lo bien relacionado que estaba entre músicos, compositores y libretistas. En *Alma y vida* (1902) Galdós ambiciona el

“teatro como arte total” y supondrá “un nuevo giro en su dramaturgia [...] y mucho tendrá que ver en ella la música, ese arte consustancial en Galdós, con el elemento musical como esencia, incluida una pastorela, que añadirá el toque artístico deseado, aunque factores de otro tipo, en este caso los pormenores de la interpretación actoral lo llevarán al fracaso (p. 528).

Galdós es cosmopolita y amante de los viajes: “el escritor recorrió España más de una vez y sus páginas abundan en notas descriptivas del viajero observador y sensible...”. Viajó con frecuencia por Europa: muy joven a París, en 1867 y 1869, pero la mayoría de sus viajes europeos los realizará en la década de los ochenta, “lo que le permitirá reflexionar y establecer comparaciones entre España y los españoles y los países europeos que visita, una perspectiva que no tenían la mayoría de los escritores contemporáneos suyos” (p. 256). Las razones para viajar son varias, exposiciones universales en Barcelona (1888), y en París (1900) (pp. 303, 495); encuentros con escritores, una visita a Zola (p. 494), visitas a la reina exiliada Isabel II (p. 547), etc. Y, por supuesto, el mero placer de conocer mundo y sentirse feliz, a veces en compañía del amor que tuviera en ese momento, como fue el encuentro en París y posterior viaje a Alemania con Doña Emilia Pardo Bazán (pp. 329-330).

Toda una serie de facetas de su personalidad se descubren en esta biografía, como su afición y destreza en el dibujo y la pintura (pp. 147, 479), el amor a la jardinería y horticultura, su habilidad como dibujante de planos y bocetos arquitectónicos para la construcción de San Quintín (p. 336), su arte como diseñador de muebles, actividades que nos dan la imagen de una vida plena, no solo como intelectual, sino como ser humano que cultivó y disfrutó de otras muchas aficiones, además de su intrínseca vocación de escritor. Si todas ellas las sumamos a sus relaciones políticas, sociales, familiares y amorosas, nos transmiten el retrato de una vida intensa y plenamente vivida en sus 77 años de existencia.

Respecto a los varios y diversos amores de don Benito, Arencibia es discreta narradora y más bien parca en sus comentarios, estrictamente ceñidos a las pruebas citadas de epistolarios y datos probados. Tras la lectura de la biografía, se extrae la conclusión de que Galdós fue honesto consigo mismo, y conector de su naturaleza inclinada al “bello sexo”, no quiso sujetarse a un compromiso, sintiéndose libre y a la vez cómodo en su *modus vivendi*, ya que siempre tenía resueltos sus problemas domésticos al calor del clan familiar Galdós. De su única hija, María, reconocida legalmente, llama la atención que, a pesar de su continuo trato epistolar, de su tutela en todos los aspectos económicos y de su educación (p. 533), nunca la introdujera en el clan familiar Galdós, ni siquiera cuando murió su madre Lorenza Cobián en 1906.

Arencibia suma en esta obra, al recorrido biográfico de Galdós, una pormenorizada y atinadísima crítica literaria, fruto de su extensa cultura y de su vasta red de lecturas de nuestra literatura, que le permiten hacernos palpable en la escritura del novelista la huella de nuestros clásicos, especialmente la cervantina, a lo largo de toda su trayectoria (p. 460, 590). No se nos escapa, a través de la autora, la abundante variedad de técnicas narrativas

empleadas por el escritor, muchas de ellas de novedosa factura. La profesora Arencibia, a lo largo de esta extensa biografía de don Benito, nos hace reflexionar sobre la labor didáctica y de ética social que nunca abandonó el autor, desde sus novelas de tesis hasta las últimas, más espiritualistas, en donde la fantasía se añade y supera al realismo. También nos hace ver que Galdós nunca abandonará la línea didáctica en toda su andadura de novelista y dramaturgo, plasmando en su escritura la realidad de su tiempo, firme en la idea del progreso sobre la educación pública, la pobreza, la situación de las mujeres desamparadas, de los desahuciados de la economía social, y poniendo de manifiesto las lacras de la sociedad que él, a través de su herramienta, su pluma, luchó para mejorar. También lo hizo a través de sus intervenciones y compromisos en el mundo de la política, sobre todo a partir del último periodo de su vida, con su ingreso en la política activa como diputado, cuyas razones explica como “deber ciudadano” (p. 678) dentro de la Conjunción Republicano-Socialista, que le deparará desilusiones por parte de los primeros y posteriormente un mayor acercamiento a los segundos (p. 679).

En definitiva, la profesora Arencibia nos ofrece lo que a partir de esta publicación será una indispensable biografía de Pérez Galdós, pues más allá de lo que esta palabra indica, nos aporta y documenta un conocimiento profundo, no solo de la vida del escritor, sino también del arte literario de toda su rica e imperecedera obra.

M. Pilar Espín Templado
UNED. Madrid



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND).